

**Rodríguez González, Ana Luz, *Cofradías, capellanías, epidemias y funerales. Una mirada al tejido social de la Independencia*, Santafé de Bogotá, Banco de la República/ El Áncora Editores, 1999, 236 pp.**

Ana Luz Rodríguez realizó esta investigación para su tesis de grado de la Maestría de Historia de la Universidad Nacional, Sede Bogotá, y para ella contó con apoyo de la Fundación para la Promoción de la Investigación y la Tecnología del Banco de la República. El trabajo es novedoso en cuanto trata temas hasta ahora poco estudiados en Colombia por los historiadores: los aspectos sociales relativos a la enfermedad y a la muerte, entre 1800 y 1830, un período, todavía bastante desconocido, de nuestra historia nacional. El texto comprende tres capítulos centrales sobre virulentos y leprosos, las cofradías y las capellanías, y, por último, testadores y finados.

La autora muestra cómo en los primeros años del siglo XIX, cam-

biaron las maneras de vivir la enfermedad y la muerte, con la aparición del hospital en las ciudades —que se usaba de manera “provisional”— y del cementerio en campo abierto, fuera de las iglesias y centros urbanos. Estas medidas fueron introducidas a raíz de la célebre epidemia de viruela de 1802, para responder de manera organizada a los riesgos del contagio, lo cual supuso una ruptura con la aplicación del degredo, o aislamiento social y físico de los enfermos, por el pánico que causaban las enfermedades contagiosas. Aunque la aplicación del degredo fue considerada durante la epidemia, finalmente primó el nuevo concepto de hospital localizado en la ciudad, donde se construyeron tres de ellos, los cuales funcionaron sólo durante la epidemia.

Respecto a la lepra, los temores de contagio eran mayores no obstante las observaciones médicas para desmentirlos. Las dos enfermedades aparecen relacionadas durante la misma época, cuando se cuestionó la forma de reclusión de los enfermos, basada en la creencia de la propagación de las enfermedades por medio del “aire enraecido”.

Cuando en 1796, Edward Jenner descubrió la vacuna contra la viruela en Inglaterra, se desató una racha de optimismo por sus posibles resultados benéficos sobre otras enfermedades, con lo que se facilitó el tránsito del degredo de los enfermos de elefantiasis a su reclusión en los hospitales. A este cambio también contribuyó el deseo de “humanizar” el trato dado a los enfermos, pues normalmente eran aislados de por vida en el hospital de San Lázaro en Cartagena, y la pretensión de disminuir los costos de su traslado desde la capital del virreinato.

En relación con los cementerios, se pasó de la sepultura dentro de las iglesias a la inhumación de los cadáveres en campo abierto, pues como novedad, se empezó a considerar nefasto para la salud el entierro de los virolentos en el suelo de los templos, una vieja costumbre colonial. Según la autora, los

gobiernos republicanos introdujeron hacia 1830 la noción de “cementerio público” y la inhumación en campo abierto. En primera instancia, a la nueva modalidad se sometieron en forma masiva los sectores populares, no sin resistencias, pues se consideraba que el depósito del cadáver en la iglesia garantizaba la protección sobrenatural sobre el cuerpo y el alma, creencia a la que no renunciaban fácilmente los fieles.

Renán Silva, citado y consultado por Ana Luz Rodríguez, había señalado ya estas novedosas transformaciones, relativas a los cementerios y al tratamiento dado a los virolentos.<sup>1</sup> Cuando se refiere a los hospitales, tanto la investigación de este autor como la literatura histórica sobre el tema, muestran sin embargo, que quizás el cambio más importante se dio en cuanto que los hospitales—conventos—, hacia finales del siglo XVIII, se alejan del ejercicio de prácticas caritativas ordenadas por el evangelio a los religiosos y fieles para apropiarse otras de carácter médico curativo, en el sentido moderno de la palabra.<sup>2</sup>

1. Silva, Renán, *Las epidemias de viruela de 1782 y 1802 en la Nueva Granada. Contribución a un análisis histórico de los procesos de apropiación de modelos culturales*, Cali, Universidad del Valle, 1992.

2. *Ibid.*, p. 8.

Como lo ha dicho Silva, éste fue un largo y tortuoso proceso —no necesariamente evolutivo— en la adopción, apropiación y difusión de modelos culturales modernos (conjunto de saberes y prácticas) asociados a la noción de Salud Pública en nuestro país y del que la epidemia de viruela de 1802 es un eslabón más.<sup>3</sup>

No obstante, lo anterior, es importante considerar que la entrada de los contagiados a la ciudad por medio de hospitales, así fueran provisionales, suponía un cambio trascendental en las relaciones de la sociedad santafereña con la enfermedad y con los enfermos, al mermar sus temores como resultado de la adopción de nuevos saberes sobre el contagio. Como una precisión al texto cabe recalcar que la autora subvalora el conflicto que sostuvieron el Virrey Mendinueta y el Cabildo de la ciudad durante la epidemia y en torno a la manera de enfrentarla. Lo que ella llama “leves discrepancias” entre el Virrey y el cabildo (p. 221) fue, según Renán Silva, un agudo enfrentamiento que llevó a una especie de “golpe de Estado municipal”<sup>4</sup> por medio del cual el Virrey retiró al cabildo toda autoridad sobre la ciudad, centra-

lizándolo en dos de sus miembros la política de control de la enfermedad y quitándole toda injerencia sobre las rentas destinadas para el asunto. Además, el Virrey se oponía a que se llevara a cabo la inoculación, por temor a que se propagara el contagio y proponía el degredo como la medida más encomiable. Ausente el Virrey de la ciudad, y con el desarrollo de novedosas y exitosas políticas de salubridad, el cabildo, con disposición de recursos, recobró iniciativa y echó mano de la inoculación bajo regulación médica “como último recurso”, en vista de que no fue posible la consecución de la vacuna contra la viruela.

La obra hace nuevos aportes al tema, esta vez resultado de su propia cosecha, que pudieran nombrarse como la “demografía urbana de la epidemia” al construir mapas y cuadros que permiten conocer la distribución y características de la población más vulnerable a la epidemia en los ocho barrios de la ciudad, clasificándolos por edades, situación económica y tipo de vivienda. Esta parte del primer capítulo, que deja conocer nuevas facetas de la historia urbana de Santa Fe de Bogotá, hubiera cobrado más vida y color con los testimonios documentales de testigos (viajeros, mandatarios, vecinos y cronistas de

3. *Ibid.*, pp. XV-XVI y 82.

4. *Ibid.*, pp. 78 y 79.

la ciudad) de la epidemia. Pues esto hubiera permitido dejar ver algo que tanto anuncia la autora y que finalmente no muestra: los miedos individuales y colectivos, pero también, las actitudes mágico-religiosas (rogativas, novenarios, devoción a los santos) que desató, las representaciones e imágenes sobre la enfermedad y los enfermos, las tensiones y desórdenes sociales causados por la epidemia y los cambios que supuso en las rutinas cotidianas.

El segundo capítulo de la obra aborda un tema que todavía está por estudiarse en el país: las cofradías y las capellanías coloniales. Aquí, la investigadora ofrece nuevos tópicos para el conocimiento de la sociabilidad en la Santa Fe colonial. Como lo dice en las conclusiones, en el tema confluyen, de manera inexplicable para nuestra sociedad contemporánea, lo religioso y lo económico, lo político y lo espiritual. El análisis de los testamentos, los libros de cuentas de las cofradías y la documentación notarial, permite un acercamiento a las concepciones de los santafereños sobre la vida y la muerte, el papel que desempeñaron los clérigos como intercesores entre vivos y muertos, las formas de la religiosidad urbana y las relaciones económicas que desataba lo devocional. Al igual que lo ha

mostrado la bibliografía existente sobre el tema, la autora destaca en las cofradías tres motivaciones principales: asegurar el servicio de pompas fúnebres de las parroquias, garantizar la solidaridad de los cofrades vivos para con los muertos, contribuyendo con sus oraciones a salvar su alma; y desarrollar una sociabilidad en torno a variadas celebraciones religiosas. Por último, anota que la función asistencial para con los pobres fue menor en las cofradías americanas que en las europeas.

No obstante la dificultad para establecer la adscripción parroquial de algunas cofradías, Ana Luz Rodríguez encuentra que para la Santa Fe de principios del siglo XIX, existían alrededor de catorce cofradías distribuidas en los ocho barrios de la ciudad, que contaba con unos 22.000 habitantes y cuatro parroquias. La autora sorteó lo fragmentario de la información, para dejar a los lectores un panorama de la organización interna de estas instituciones, sus características sociales y económicas y las normativas estatales y eclesiásticas que existieron para regularlas. A pesar del aporte que supone la investigación para el conocimiento de la religiosidad urbana, quedan todavía interrogantes sobre el papel de estas instituciones en los procesos

políticos de la época —recuérdese que se trata del período de Independencia— y conocer un mapa social más completo de ellas, con base en documentación de primera mano más consistente.

Las capellanías complementaban la labor de las cofradías, pues las oraciones y misas que encargaban los finados por su alma corrían por cuenta de ellas. De allí que los testadores dejaran bienes y recursos económicos para garantizar su cumplimiento por medio de la fundación de capellanías u obras pías. Así, los testamentos se convierten en una fuente clave para el estudio de estas instituciones religiosas, cuyas rentas eran administradas por un “mayordomo”, laico o eclesiástico, y que aportaron importantes caudales, alimentando y dando movimiento a las formas del crédito colonial, como ya lo demostrara el historiador Germán Colmenares hace años.<sup>5</sup> La investigadora también muestra la forma como estos atractivos bienes (que podían ser haciendas, casas y capitales) cumplían una función “espiritual” sin sustraerse a los intereses económicos más pragmáticos y terrenos, y por

ello mismo fueron el escenario de intereses encontrados entre las esferas estatal y eclesiástica.

En el último capítulo se explora una considerable suma de 320 testamentos de los archivos notariales de Santa Fe, para estudiar las prácticas y costumbres funerarias, y concluir que, aunque señalan una tendencia general, “...sin embargo, no alcanzan a expresar los estremecimientos acaecidos ante sucesos como la epidemia de viruela de 1801-1802, los conflictos por la desamortización de bienes espiritualizados sucedidos entre 1804 y 1809, las convulsiones políticas de 1810, 1816 y 1819 y, por último, las presiones del gobierno republicano entre 1823 y 1830 para suspender la inhumación en iglesias” (p. 156).

Habría que considerar si las transformaciones históricas con respecto a estas prácticas, implicarían estudiar series documentales de mayor proporción, para apreciar mejor sus rupturas y continuidades, como lo han mostrado los más destacados trabajos de la historia de las mentalidades.

Estudiar los testamentos desde la perspectiva de las costumbres funerarias supone valorarlos como documentos que trascienden la simple declaratoria notarial, para reco-

5. Colmenares, Germán, “Censos y capellanías: formas de crédito en una economía agrícola”, *Cuadernos Colombianos*, volumen 1, No. 2, marzo, junio de 1974.

nocer en ellos relaciones sociales y valores religiosos y sentimentales. Los testadores santafereños, fueran propietarios o carentes de bienes, lo hacían en medio de diferentes circunstancias: por previsión, por enfermedad, por embarazo en el caso de las mujeres, por los riesgos de participar en una campaña militar o, en algunos casos, por la pena de muerte que se les impuso.

Esta investigación centra su atención en series documentales parciales y ofrece un conjunto de cuadros sobre los habitantes (hombres y mujeres) que testaron, su nivel económico y de alfabetización, su clasificación por parroquias y situación económica, los motivos para testar, los tipos de mortaja y lugares de sepultura solicitados, los costos que alcanzaban los funerales y misas por el alma y, por último, las motivaciones para fundar capellanías por parte de los testadores cofrades.

Este libro supone un paso adelante en la investigación sobre historia urbana en Colombia, y toma distancia de lo institucional—lo que no quiere decir que lo abandone—para estudiar lo religioso como fenómeno social según la tendencia de la historiografía reciente. Explora una amplia variedad de fuentes primarias, estadísticas, institucionales, notariales, testamentarias, criminales y eclesiásticas, entre otras. En el tema se combinan las perspectivas de los estudios sobre historia urbana, religiosidad, historia de las mentalidades y vida cotidiana, y es una invitación a trabajar el período de la Independencia, no siempre atractivo para los historiadores profesionales.

#### **Juan Carlos Jurado Jurado.**

Egresado del pregrado y la Maestría en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Investigador docente de la Fundación Universitaria Luis Amigó.